
ESTADOS UNIDOS FRENTE A LA MULTIPOLARIDAD EN EL ESPACIO LATINOAMERICANO

JUAN BATTALEME *

En vez de poner el énfasis en contrarrestar o competir contra China o Rusia en el espacio latinoamericano, deberíamos encontrar la forma de cooperar con los países de la región apoyándonos en los intereses mutuos. En otras oportunidades, deberemos encontrar la manera de trabajar para resolver aquellas cuestiones con generan influencia negativa o desestabilizadoras. Todo el tiempo debemos concentrarnos en ser los mejores socios posibles en la región.

Almirante Kurt W. Tidd, Jefe del Comando Sur,
en su declaración frente al comité de los servicios

Estados Unidos: gran estrategia y orden multipolar

Desde el final de la Guerra Fría, la llamada “Gran Estrategia” estadounidense, conocida principalmente por su acrónimo NSS (*National Security Strategy* – Estrategia de Seguridad Nacional), se ha centrado

* Lic. en Ciencia Política (UBA) Master en Relaciones Internacionales (FLACSO), Master en Ciencias del Estado (UCEMA). Director de la Maestría en Defensa Nacional. Profesor de la Escuela de Guerra Naval en Evolución del Pensamiento Naval, y de Guerra Aérea en Geopolítica. Profesor de la FADENA. Profesor Adjunto Concursado en Teoría de las RR.II. y Tecnología, Estrategia y Política Internacional (UBA) Profesor Asociado en grado y posgrado en la UADE y UCEMA en Teoría de las Relaciones Internacionales y Seguridad Internacional. Becario Fulbright - Delaware University (EE.UU.) y becario Chevening - Bradford University (Reino Unido). Graduado del Center for hemispheric Defense Studies (CHDS) y del curso Future Technologies and political leadership, Singularity University. Miembro Consultor del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales y coordinador adjunto del grupo de políticas digitales en el CARI. Miembro del International Institute for strategic Studies (IISS), Londres. Especialista en temas de Defensa, Política y seguridad internacional y desafíos estatales en el entorno digital. Doctorando en Innovación Sistémica - ITBA.

en la construcción de primacía en los asuntos internacionales, fluctuando desde opciones con preferencias en el establecimiento de un orden internacional basado en el multilateralismo e instituciones, como fue el período de las presidencias de Bill Clinton o Barack Obama, o de mayor unilateralismo, como lo representó la administración Bush (jr.) (Layne, 2006; Ikenberry, 2002).

A partir de una estructura internacional permisiva con la superpotencia como la unipolar, y una visión de los asuntos mundiales basada en la promoción de los valores del internacionalismo liberal, la agenda de política internacional estadounidense tuvo rasgos decididamente expansivos (Posen, 2014; Waltz, 2000; Brooks & Wolhforth, 2008) que provocaron el desgaste del mismo orden que se proponían promover afectando la calidad del liderazgo estadounidense y que dio lugar a una serie de medidas a nivel global y regional que pusieron en discusión la misma condición unipolar del sistema. Toda expansión conlleva como contrapartida un proceso de reacomodamiento y balance por aquellos que se ven afectados. (Mearsheimer, 2001)

Todo ciclo de expansión encuentra, a nivel estructural, diversos puntos de resistencia que genera conductas fácilmente tipificadas en las políticas de balance en alguna de las variantes que se conocen como: balance “blando”, “opaco” o “semiduro” (Layne, 2006, p.147). Dicha situación comenzó durante la administración Bush (jr.) y se mantuvo hasta la actualidad, con diversos grados de intensidad. El debate acerca de la existencia de conductas de balance “blando” (Pape, 2005) o de meras conductas de “entorpecimiento regional” (Brooks & Wolhforth, 2005) como consecuencia de la incapacidad efectiva de balancear, ya mostraban en una etapa temprana la incidencia negativa e impactos que se irán acumulando en el sistema como consecuencia de una política expansiva en lo militar, diplomático y económico.

El cansancio con la “superpotencia benigna” (Huntington, 1999) se hacía sentir a nivel regional y América Latina no quedaría marginada de dicha experiencia, sobre todo después de la conformación de un grupo de naciones que, partiendo de cierta afinidad ideológica, planteó un modelo de integración latinoamericana centrado en oposición a EE.UU. Dicho modelo se manifestó en el proceso de contracumbre en Mar del Plata en el año 2004 y luego tomó lugar en la forma del ALBA (Alianza Bolivariana para los pueblos de América), y planteó en su estructura argumental la conformación de un mundo multipolar acompañando el ascenso de las llamadas potencias emergentes.

En América Latina, la dinámica reactiva a los cambios en la distribución de poder siempre estuvo presente. El paso de una unipolaridad basada en expresiones multilaterales y de libre comercio, como el Área de Libre Comercio de las Américas, siguiendo lógicas de “Expansión y Compromiso” (Russell, 1994), dio lugar luego a una unipolaridad con rasgos centrados en la seguridad internacional a partir del 2001, privilegiando una mirada orientada a las amenazas que provenían de América Latina. Ambos procesos encontraron resistencias en América Latina que siempre encontró, en diversos períodos históricos y bajo gobiernos de distintas orientación, esquemas que escaparan a la llamada “aquiescencia”, planteando modelos “autonomistas” (Russell & Tokatlian, 2013)

Desde la región, los cambios estructurales se tradujeron en una creciente “resistencia” conocida como autonomía, en una Sudamérica con una orientación basada en premisas nacionalistas e integracionistas centradas en el Estado, vinculadas con la constitución de bloques que manifestaban su oposición abierta al mundo unipolar con mayor virulencia, como la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA) u otros con mayor moderación como la Unión de Naciones del Sur (UNASUR).

Por su parte, EE.UU., bajo la administración Bush (jr.), prestó un interés consecuente con su política de “sígueme los buenos” expresada en su Estrategia de Seguridad Nacional, donde la construcción se remitía principalmente a las “coaliciones de voluntad”. América Latina no estaba dispuesta a seguir políticas de sesgo unilateral, lo cual acrecentó el espacio para la penetración de liderazgos alternativos en busca de internacionalización de sus políticas, como los de China y Rusia.

La administración demócrata de Obama trató de llevar a cabo una agenda un tanto más proactiva y diversa siguiendo el principio de vinculación de cuestiones y áreas temáticas manejando algún tipo de diversidad en un contexto internacional adverso marcado por el ascenso de potencias emergentes y la constitución de potenciales alternativas estructurales que brindaban la posibilidad de incrementar el margen de autonomía de los países latinoamericanos aunque el mismo fuera marginal en términos estructurales. En este sentido, China y Rusia fueron funcionales a las lógicas de resistencia/autonomía que emergieron en esos años, aunque su impacto fue limitado y difuso. China logró cierto posicionamiento geográfico activo en la región y que inmiscuirse más activamente en el “patio trasero” estadounidense.

La llegada de la administración Trump abrió un nuevo capítulo en las relaciones hemisféricas, que ahora tienen un componente de oportunidades como consecuencia de una nueva corriente de gobiernos menos reactivos y más pragmáticos en su relación con EE.UU., pero también son más dependientes de otros grandes poderes.

En este contexto de cambio estructural y reacomodamiento geográfico en lógicas geoeconómicas y geopolíticas, el trabajo asume que la dinámica competitiva existente a nivel estructural, ira enfrentando a aquellos actores considerados revisionistas por EE.UU., lo que demanda un esfuerzo cada vez más difícil por parte de los estadounidenses para conservar el orden internacional y regional diseñados por ellos.

Los problemas de posición relativa se agudizarán caracterizándose por una lógica de preposicionamiento competitivo ambiguo explotando de manera diferenciada las necesidades geopolíticas y vulnerabilidades de cada región a los efectos de obtener las ventajas que dicha situación les otorga a los emergentes; América Latina no es la excepción. Como maximizadores de oportunidades, China y Rusia buscarán explotar las hendijas disponibles para perseguir sus objetivos estratégicos, como lo reflejó el acuerdo de sociedad estratégica que permitió la instalación de una base china de uso dual –pero con un claro propósito militar– en Neuquén. Frente a esto, EE.UU. estará más reactivo y presentará una política orientada a la formación de “cuñas”, conocida como *wedging politics* (Crawford, 2011). Este tipo de política busca implementar una estrategia de acercamiento a sus posiciones y de ruptura con los emergentes desafiantes. La política del área en cuestión se vuelve clave para entender el posicionamiento y grado de competencia existente entre los distintos actores, que se expresa distintas formas explotando las particularidades regionales. Se vieron algunos movimientos en este sentido en la pasada gira del año 2017 del vicepresidente estadounidense Mike Pence, quien se dedicó a mirar la agenda de varios países (Colombia, Argentina, Chile y Panamá) y a discutir las acciones posibles en Venezuela. Al igual que Trump, aceptó hacer concesiones con determinadas necesidades latinoamericanas.

En el espacio latinoamericano, la competencia presenta características específicas en una región donde los grandes poderes o bien tratan de recuperar parte de su influencia pérdida (EE.UU.), expandirla (China) o, en algunos casos, establecer los lazos necesarios que permitan comenzar a establecerla (Rusia y, en menor medida, India). Todos los grandes poderes

tienen algún interés regional del cual dar cuenta, aunque varían en la premura y prioridad por su obtención como consecuencia de las limitaciones estructurales, de recursos o porque sus prioridades geográficas son otras.

El presente trabajo presenta, en primer lugar, cuál es la dinámica estructural, entre defensores del statu quo (EE.UU.) y aquellos considerados revisionistas (China, Rusia e India). El segundo objetivo es explorar cuáles son las consecuencias de dicha dinámica en la región desde la perspectiva estadounidense, para finalizar con dos posibles escenarios acerca de la conducta estadounidense en la región.

La estructura internacional en el siglo XXI

En los últimos años, resurgió la discusión sobre la forma que podría tomar el orden internacional producto de la incidencia de EE.UU., dado que es el resultado tanto de sus aciertos como de sus errores. Acabado el ciclo de expansión en el cual se promovieron las bases de la llamada *estabilidad liberal* (promoción de las democracias, del mercado y de los derechos humanos) que caracterizó la década de 1990 y que, con variaciones, se extendió hasta la administración Obama, mostró sus límites en la pacificación y estabilización de la periferia turbulenta provocando un creciente agotamiento de sus recursos y una crisis de liderazgo tanto internacional como interno. Se formaron alternativas a esa concepción de orden como resistencia a las incongruencias de la aplicación del orden liberal y sus constantes crisis, en especial económicas.

En EE.UU., la política interna es la que presentará con mayor rapidez el hastío de mantener el orden liberal. Frente a ello, aparecen con fuerza los argumentos acerca de la sabiduría de mantener los compromisos asumidos en etapas previas o si, por el contrario, resulta necesario dejar que otros países asuman una posición de responsabilidad mayor en el orden internacional, siguiendo la mentada fórmula del “accionista responsable”, que permite “liderar desde atrás”, como señaló Obama. Mantenerse o replegarse (Posen, 2013; Ikenberry, 2013) pasa a ser central en la discusión política con la consiguiente consecuencia de perder el costo hundido de las intervenciones realizadas en la periferia como consecuencia del ciclo de expansión precedente.

En el ejercicio de su liderazgo estructural (Ikenberry, 1996), EE.UU. ha dejado una huella innegable en el sistema, así como también en la reacción

que sus competidores han tenido frente a las preferencias de este actor. Al recrudecer los cambios en la distribución de poder, las resistencias a sus políticas y al acumularse ciertas frustraciones estratégicas en relación a los objetivos alcanzados, se comenzó a hablar del fin de la “pax americana”, aunque ciertamente no existía un consenso definido acerca de ello. La discusión sobre el cambio estructural es importante porque supone ajustes en todo el sistema como consecuencia del cambio que se produce entre los grandes poderes y eso repercutirá de manera ponderada en cada una de las regiones donde ellos operan.

Cabe mencionar a Fareed Zakaria (2008) y su trabajo sobre el mundo post americano y una configuración internacional multipolar, así como a Richard Haas (2008) y su explicación basada en la existencia de actores con distinto peso e influencia en el sistema presentando la existencia de una estructura apolar basada en la difusión del poder las cuales conviven con posiciones que continúan expresándose en términos de unipolaridad (Wolhfort, 1999). Ambos trabajos dan cuenta de la brecha de poder que aún existe y que hace que el reemplazo del liderazgo todavía sea impracticable por parte de aquellos que pueden ser considerados aspirantes hegemónicos o poderes revisionistas en el sistema internacional.

Finalmente, el trabajo *The tragedy of great powers politics* remarcaba, de manera contraria a las visiones predominantes de unipolaridad en ese momento, la existencia de una estructura multipolar desbalanceada (Mearsheimer, 2001) que generaba un grado importante de inestabilidad, lo cual genera los incentivos suficientes para provocar esfuerzos de balance. En la región de Asia comenzarían a sentirse los esfuerzos de balance, que se traducen en movimientos de competencia por alcanzar mayores niveles de seguridad debido a la presencia militar estadounidense que coartan las aspiraciones militares de los poderes en ascenso.

Tanto el cambio tecnológico como económico afectan la distribución de poder aumentando los costos que implican sostener una posición de preminencia estructural. Ésta se va desgastando como consecuencia de la existencia de múltiples desafíos, a los que hay que dar una respuesta, y finalmente conducen a que se consuman más recursos que los beneficios que se obtienen (Ikenberry, 1998) América Latina no quedó exenta de los influjos que genera el actual ciclo de auge y caída. EE.UU. trata de controlar los efectos no deseados de la transición, ya que la pérdida relativa de poder implica concesiones que no siempre son aceptables para quien estaba acostumbrado de establecer las reglas.

Sin embargo, no todo cambia en el sistema internacional y tanto para Estados revisionistas como para aquellos interesados en conservar el orden están presentes las mismas “reglas de juego” que no determinan la conducta, pero sí condicionan las opciones disponibles. En este sentido, debemos tener bien presente que existe una dinámica común a los grandes poderes, al igual que una para quienes ascienden y para quienes defienden el statu quo.

La “anarquía” del sistema internacional condiciona las respuestas como consecuencia del crecimiento en sus capacidades de poder, en especial aquellas relacionadas con la proyección de poder y prestigio, las cuales entran en directa colisión con la condición defensivo-posicionalista de quienes alcanzaron cierta posición de preeminencia (Grieco, 1997). Esto se transforma en un sentido de oportunidad que nutre a los momentos de transición, generando nuevas ventanas de oportunidad y vulnerabilidad, errores de percepción, falso optimismo y pretensiones ofensivas (Van Evera, 2001) aunque existan estabilizadores potenciales como las armas nucleares. El sistema internacional se presenta ambiguo, con mayor grado de competencia, y con límites en la construcción de consensos internacionales. Veamos entonces cuál es la dinámica que comparten los revisionistas y quienes mantienen el statu quo.

La dinámica común

Existe un consenso acerca de cuáles son las condiciones de base en el juego de la política internacional entre grandes poderes. Ese punto de partida se encuentra establecido por: 1) centralidad del Estado en la política internacional; 2) la inmutable condición anárquica entre los grandes poderes, lo cual deriva en un sistema de autoayuda; 3) la condición de restauración de cierto equilibrio que prevenga la hegemonía, lo cual conduce a políticas de balance, donde no es tan evidente la distinción entre balance de amenaza y de poder; 4) el cambio en la distribución afecta los cálculos políticos de todos los involucrados para defender o cambiar su posición (el resto de los países son principalmente reactivos a dichos cambios, como consecuencia de una posición estructural secundaria).

Aun cuando existe un contexto de globalización o de interdependencia compleja, lo señalado anteriormente no cambia los límites a la coopera-

ción, y reafirma las condiciones estructurales de los conflictos entre los contendientes de mayor peso estructural, como señala Graham Allison en su libro *Destined for war* (2017) donde, parafraseando a Tucídides, “el ascenso de Atenas (China) y el miedo que esto generó en Esparta (EE.UU.) hizo que la guerra fuera inevitable”. A medida que China se vuelva global, ambos irán teniendo roces en distintos lugares del planeta, entre ellos América Latina. La pregunta es si serán capaces de evitarlos.

La búsqueda de seguridad a través de la acumulación de recursos de poder va a guiar los movimientos de los grandes poderes. No obstante, la intensidad de dicha rivalidad y las preferencias en la forma en la cual provean guiarán distintos tipos de acciones políticas en diferentes regiones. Sin embargo, todos los grandes poderes intentan mantener algún tipo de equilibrio entre seguridad militar y prosperidad económica y, si bien el actual momento de transición permite poner el énfasis en los temas militares, la satisfacción de sus poblaciones en relación a los logros económicos es central para todos los involucrados y, en gran medida, esa cuestión se traduce en un mayor enlace de todos los involucrados en la competencia estructural en relación a América Latina.

Aun cuando la globalización y las múltiples fuerzas que operan en ella demandan un esfuerzo por construir gobernabilidad internacional, a partir del consenso y la legitimidad compartida por parte de quienes tienen mayor responsabilidad en dicha construcción, esto no invalida el hecho de que a nivel de las grandes potencias la “anarquía”, como principio ordenador, continúe vigente como consecuencia de la distribución de poder entre ellos. Los acuerdos, promesas de protección y eventualmente el uso de la fuerza dependen de las capacidades disponibles de los Estados, ya sea para hacer que los acuerdos se cumplan o para aplicar las sanciones que se consideren necesarias frente a un acto de agresión. Las grandes potencias en particular, pero en general el principio de autoayuda, se aplica a todas las unidades del sistema. La cooperación es una herramienta que permite hacer avanzar los intereses de los involucrados, ganar influencia e incidir en diversas áreas de cuestión.

Tanto revisionistas como conservadores persiguen “racionalmente” sus intereses guiándose a partir de aquello que definan como interés nacional, teniendo presente que éste está compuesto de cuestiones específicas dadas por sus necesidades siempre entendiendo dicha consecución debe ser contribuyente a su crecimiento en materia de poder respecto de otros

Estados y mantenerse seguros. En este sentido, los Estados tienen coherencia en la consecución de dichos intereses y, además, establecen un orden de preferencias al respecto. Si los categorizáramos, podríamos ponerlos en dos grandes grupos: los llamados “intereses vitales” de los que dependen la seguridad, prosperidad y estabilidad del Estado en cuestión y aquellos que pueden ser considerados “intereses deseables”, que contribuyen a los fines últimos de la comunidad de Estados y a la humanidad, pero que no están directamente relacionados con la seguridad y prosperidad del propio Estado y, por lo tanto, su posición en las preferencias van a quedar siempre en un segundo plano.

Finalmente, todos los Estados asumen diversas estrategias a los efectos de alcanzar sus metas. Esas estrategias –no las metas– son sensibles a los costos que puedan tener su implementación, en especial aquellos que provengan del exterior, esto es de una voluntad opuesta dispuesta a incidir negativamente en la consecución de dichos objetivos. Pero éstas también deben responder a las oportunidades externas como consecuencia de algún reajuste existente entre las distintas unidades competidoras que bajan los costos y habilitan acciones, ya que aparece la percepción de “ahora o nunca” como consecuencia de un debilitamiento de la contraparte.

Asimismo, y si bien es cierto que los actores internos influyen de manera decisiva en la constitución de aquello que llamamos intereses nacionales, no es menos cierto que el Estado puede actuar siguiendo el principio de unidad de acción y que la disposición de esos intereses se alinean, en general, con la concepción de seguridad y prosperidad existente en determinado momento. Puesto coloquialmente: las condiciones internas influyen en el llamado “Ejecutivo de la Política Exterior” (Taliaferro, Rispmán, & Lobell, 2009); éste es el encargado de decodificar las presiones que provienen del exterior y construir el consenso necesario para movilizar los recursos necesarios para enfrentarlas a veces tienen éxito y otras no, pero aun si no consigue los objetivos de movilización deseados, el Estado como tal actúa siguiendo el principio de unidad de acción. Las estrategias reflejan la jerarquía de las metas puestas y, en función de ellas, los límites estructurales existentes para su concreción.

En general, los Estados son defensivo posicionalistas, aunque ese carácter suele variar cuando aparecen oportunidades para la expansión o la explotación de ventajas específicas como consecuencia de los cambios en la distribución de poder (Mearsheimer, 2001). En este sentido, ellos se en-

cuentran preocupados por los cambios relativos de poder dado que como categoría el poder es relacional y, por lo tanto, se comparan con otros países y comparan las acciones propias con las de otros.

Así, tratan constantemente de cerrar las brechas de poder existentes, pero también cuando pueden ampliarlas para operar sin tantas restricciones en el sistema internacional. Mientras China y Rusia tienen incentivos para cerrar la brecha con EE.UU., esta potencia tiene los incentivos para tratar de que se mantenga. India posiblemente tenga incentivos para acortar la brecha con China, y por lo tanto EE.UU. presenta una mayor funcionalidad para sus intereses balanceando a su vecino regional y no plegándose a él para balancear a EE.UU. Veamos entonces las dinámicas particulares y cómo inciden en la región.

La dinámica particular: las conductas de los defensores del Statu Quo y los revisionistas.

Lo descripto hasta el momento muestra las dinámicas existentes que son compartidas revisionistas como conservadores. Son las conductas diferenciadas las que permiten dar cuenta sobre quien defiende el statu quo alcanzado y quienes tratan de revisarlo a su favor. En este sentido a nivel estructural podemos identificar que en cada región las presiones para defender un determinado statu quo son distintas, y están relacionadas con las conductas que asumen los desafidores. Esto supone aceptar que quien defiende el statu quo reacciona frente a las estrategias de transformación que plantean aquellos que ascienden.

Como bien señala Fareed Zakaria en su artículo “El Ascenso de los Demás” (2008), al igual que Gran Bretaña en su momento, EE.UU. enfrenta desafíos tanto en el campo militar como en el económico, que son de una naturaleza variada en distintos planos. Para dar respuesta a ellos, tiene en cuenta la finitud de los recursos que dispone para enfrentar dichos desafíos, lo que le impone optar entre estrategias diferenciadas según el desafiante. Esta situación obliga a quien defiende el statu quo a desarrollar una estrategia que varía desde el acomodamiento frente a determinados competidores, que podemos identificar más afines a sus políticas, hasta el enfrentamiento activo con otros; en especial, a aquellos que plantean una dinámica de confrontación más aguda y asertiva.

Así como Gran Bretaña se acomodó frente al ascenso de EE.UU. a fines del siglo XIX y enfrentó a Alemania, EE.UU. enfrenta un dilema similar en el siglo XXI. En este sentido, se enfrenta de forma simultánea a dos actores, China y Rusia, con clara voluntad de reemplazo del liderazgo estadounidense, sólo que todavía no poseen las capacidades necesarias para hacerlo, y un actor ambiguo, India, que por su condición de poder continental debe cuidar con mayor inmediatez los cambios en la distribución de poder de su propio espacio regional. Como bien señala Gideon Rachman (2017), India persigue políticas de “alcance” (*catch up*) a China y luego tratará de desplazarla. Por lo tanto, EE.UU. aparece como un socio de ocasión y las regiones, entre ellas América Latina, como oportunidades de posicionamiento, pero no de desafío al orden establecido.

Sin embargo, el tamaño de la economía China es cinco veces mayor a la de la India, sus fuerzas militares detentan mayores capacidades y aun cuando India crece más rápido que China, la brecha entre ambos se está expandiendo, no acortando. Las diversas iniciativas Chinas como la llamada “nueva ruta de la seda” o *One belt, One road* (OBOR), que buscan rediseñar las zonas de influencia existentes, han tenido como consecuencia un virtual cercamiento de espacio marítimo y terrestre de India, lo que puso a ambos países en una competencia de baja intensidad, tanto en términos geopolíticos como nacionalistas, a los efectos de evitar el efecto por el cual “todos los caminos conduzcan a China”. Esta situación hace que India incremente su presupuesto militar al punto de convertirlo en el principal importador de armas del planeta después de Arabia Saudita, y está construyendo su relación con EE.UU. en una perspectiva distinta a la de los otros grandes poderes emergentes.

Estructuralmente, es innegable la competencia de EE.UU con Rusia y con China, situación que provoca la creciente colaboración, coordinación y cooperación entre EE.UU. e India; por lo tanto, en las regiones irán apareciendo rastros de dicha dinámica. Asimismo, quien enfrenta un cambio en la distribución de poder necesita disponer de los recursos necesarios para enfrentar el desafío que se le presenta en lo inmediato. La necesidad de recursos por parte de las sociedades de los poderes emergentes y la incapacidad para satisfacerlo genera presiones para expandir sus actividades externas e intereses, ya sea por materias primas, mercados, territorio o bases militares. En momentos de transición, y cuando un número importante de grandes poderes comienzan este tipo de actividades, sus intereses exter-

nos y compromisos pueden entrar en colisión (Schweller, 2006). La suma de intereses contrapuestos puede disparar un conflicto, como se está viendo en el Mar de la China.

A su vez, y relacionado con la creciente contraposición de intereses, aparece el dilema de seguridad como consecuencia de la rivalidad creciente en la medida en que van en la consecución de sus intereses. El conflicto es el resultado de la misma dinámica posicional de la estructura y de la condición de escasez que marca la dinámica de la política internacional. EE.UU., justamente, tiene que cuidar de su posición, porque desde principios de los años 2000, la actividad externa de todos sus competidores se ha ido incrementado y, con ellos, los potenciales roces.

Sumado a los factores estructurales, también tenemos aquellos que responden a la conducta de la unidad. Quien defiende el statu quo evalúa las intenciones de su adversario y, además, su propensión al riesgo. En este sentido, las preguntas claves que el defensor del statu quo se hace versan sobre el propósito del uso del poder que los desafidores adquieren y sobre las amenazas de ese poder a sus intereses en el área en cuestión y en la zona geográfica donde se producen esas interacciones. Sencillamente, quienes son parte del Ejecutivo de la Política Exterior se preguntan acerca de la naturaleza y el alcance de los esfuerzos del desafidor.

Cuando se analizan las potenciales estrategias para enfrentar a quienes desafían, la clave se encuentra en identificar de manera precisa la naturaleza y objetivos del llamado Estado revisionista. En este sentido, se puede dar cuenta de dos tipos de revisionistas: aquellos que tienen objetivos limitados y aquellos que plantean un desafío abierto al punto de querer cambiar significativamente las bases en la que se estructura el orden internacional. En términos políticos, implica hasta qué punto se pueden hacer concesiones frente a una potencia emergente sin entrar en políticas de apaciguamiento o cuándo corresponde enfrentar aquel comportamiento que se ve disruptivo. Un Estado insatisfecho que tiene reclamos específicos sobre temas puntuales de su realidad geopolítica o geoeconómica puede ser “comprometido” en el mantenimiento del orden internacional realizando una serie de concesiones que transformen dicha disfuncionalidad en políticas que permitan reconstruir el orden internacional o, al menos, gran parte de su agenda.

Por el contrario, intentar apaciguar a un poder insatisfecho que tiene amplias aspiraciones hegemónicas se transforma en una cuestión peligro-

sa, ya que la posición relativa del apaciguador se ve debilitada al conceder activos que el poder emergente quiere, pero que en simultáneo no da muestras de cejar en su intento por detener su voluntad revisionista. Para los países emergentes, América Latina representa una fuente de recursos naturales y, en distintos niveles y nichos, oportunidades de mercado. Para EE.UU., como defensor del statu quo devenido de su condición de actor hegemónico regional, es un espacio sobre el que no se puede trasladar la dinámica geopolítica.

Aun cuando tolere por inacción o incapacidad una mayor presencia en América de los países emergentes, su accionar será más activo frente a poderes que confrontan con él y actuará como articulador de una presencia mayor con aquellos países que no confrontan con ellos o, en su defecto, se articulan con sus intereses en la región, donde sus intereses se vean más afectados. En ejemplo sencillo de ello son las distintas posiciones de los líderes del Ejecutivo, tanto en el plano de la política exterior y de defensa como sobre la presencia de Rusia, China e Irán en la región, mientras que no preocupa el desembarco de India en el terreno latinoamericano.

La incertidumbre frente a las intenciones de los revisionistas siempre se encuentra presente, aunque tiene una intensidad distinta en función de su accionar regional como consecuencia de cuatro factores centrales al momento de considerar a un revisionista como una amenaza: 1) La ubicación geográfica del competidor, 2) las capacidades agregadas de poder (*raw power*), 3) las capacidades ofensivas o de proyección de poder y, finalmente, 4) la voluntad ofensiva (Walt, 1986). Este conjunto de factores afectan el cálculo estratégico, aunque éstos tengan un impacto diferenciado a partir de las capacidades que tienen quien defiende el statu quo y quien lo desafía.

En este sentido, existen dos posibles desafíos a EE.UU.: aquellos que se concentran en el espacio global y quienes tienen una incidencia mayor en el espacio regional. Desde la perspectiva estadounidense, Rusia y China se presentan como desafiantes globales aunque sólo China dispone de una configuración económico-militar que le permite convertir su poder real en poder potencial y trasladarlo a una competencia global en el mediano plazo.

Rusia, que alguna vez lo fue en el plano global, plantea sus desafíos en función de su política de *near abroad* o vecino cercano, buscando recrear primariamente un espacio de seguridad en su periferia próxima, aun cuando conserva alguna capacidad de proyección global. India aparece como el país más favorable al mantenimiento del orden creado por EE.UU., aunque

presenta dinámicas revisionistas en función de China. La naturaleza de esa relación excede lo propuesto en el presente trabajo. India necesita de un reconocimiento “social” (Welch, 2010) que transita por el área de la movilidad social, de esta forma elabora estrategias que no generen ningún tipo de controversia con EE.UU. en la región. Se presentan como “socio de un socio” (Wiswanathan & Heine; 2011).

Todos estos poderes se encuentran insatisfechos con su posición de poder actual aunque, lejos de plantear conductas más cercanas a las de un revisionista revolucionario, todos aparecen concentrados en desplegar acciones que se emparentan con lógicas de esfuerzos limitados, principalmente en sus periferias cercanas, ya sea en Europa Oriental o en las zonas contiguas en el sudeste asiático. Su mayor esfuerzo es repeler la estructura de la hegemonía estadounidense y, eventualmente, comenzar a construir una plataforma de poder que les permita extender de manera activa su influencia en otros espacios regionales.

La decisión de actuar directamente en un determinado espacio geográfico se emparenta más con temas de proximidad mientras que es preferible la actuación mediante mecanismos indirectos si la presencia de una potencia hegemónica es determinante y la distancia se transforma en una barrera física que desalienta una presencia más activa.

Dado que todos son actores revisionistas limitados, los involucrados comienzan a desplazar su conducta de aversión al riesgo a ser tomadores de riesgos. En este sentido, EE.UU. concibe una serie de estrategias de neo-contención, en especial a China. Ésta comenzó a aplicarse durante la presidencia de Obama, aunque tímidamente; sin embargo, ahora aparece en el horizonte una creciente voluntad de acomodamiento por parte de la Administración Trump. Por su parte, Obama manifestó, respecto de Rusia, una seria intención de balance, que fue desgastando la relación con el Kremlin, principalmente después de los sucesos de Ucrania, lo que en Sudamérica se trasladó al creciente apoyo por parte de Putin al régimen de Maduro.

La opción de balance continúa siendo una opción, aun cuando la actual administración Trump preveía entrar en una etapa de compromisos y mejoras de relaciones con Rusia, lo cual demuestra los límites existentes para ambas potencias. Con India, en cambio, se elaboró una estrategia de compromisos, que se mantiene inamovible como consecuencia de los cambios de distribución de poder en Asia, al tiempo que India comienza a mostrar

cierta equidistancia de Rusia, su tradicional aliada. La estrategia de “palos y zanahorias”, elaborada específicamente para cada uno de estos poderes, pareciera no ser conducente y efectiva, ya que la calidad de los incentivos que EE.UU. tiene para ofrecer a sus competidores ha disminuido con el debilitamiento de la unipolaridad y los castigos que puede aplicar se limitan a puntos específicos de la agenda que, a priori, no parecen disuadir a sus futuros competidores.

Para concluir con el presente apartado, bien se puede señalar que EE.UU. practicó con Rusia alguna forma de balance y que la actual administración lo mantiene, a pesar de haber deseado que se pudiera comenzar con algún tipo de acercamiento y compromisos mutuos de cara al creciente poderío chino. Ello supone incentivos a ambos países para realizar acuerdos que chequearan el poder de ese país. Por su parte EE.UU. entiende que a pesar de sus vulnerabilidades internas, China es quien tiene las mayores chances de consolidarse como en contendiente futuro de ese país, por lo tanto ha iniciado una estrategia de contención aunque la misma presenta rasgos que pueden considerarse como parte de un esfuerzo por comprometer a esta potencia en ciertos temas de orden internacional que son de interés de Occidente pero que se presentan como compartidos.

La administración Trump comenzó su campaña con un contenido de rivalidad muy marcado, aunque desde que asumió el poder se fue moderando. Sin embargo, no debería descartarse que, en algún momento, la contención se transforme en conductas de balance como consecuencia de un comportamiento chino más agresivo en áreas de interés para EE.UU.

Finalmente, el mayor esfuerzo de Estados Unidos con la India se concentró en una estrategia que acentúa el compromiso y el acompañamiento a sus políticas de orden regional junto con una legitimación de su posición de poder, tal como sucediera desde la administración de George Bush (jr.) hasta el presente. Si las dinámicas competitivas se encuentran presentes, veamos entonces qué está sucediendo en esta región del planeta.

La dimensión estructural de la competencia existente entre los grandes poderes actúa sobre el margen de maniobra de los países de la región de dos maneras. La primera, es el incremento de su autonomía como consecuencia de un respaldo alternativo que antes era inexistente, lo que proporciona cierto espacio para la implementación de políticas que puedan ser contrarias a las de la potencia regional rectora. En un juego internacional más abierto, con múltiples poderes interactuando a nivel sistémico, los

actores locales consideran un incremento en su espacio de autonomía para la consecución de sus intereses.

En segundo lugar, ese margen de autonomía se reflejará en realineamientos y presiones de aquellas partes que tienen “algo” que perder en torno a la competencia existente. Para los actores menores van a ver su autonomía susceptible de la dinámica global existente donde la pérdida de poder relativo de los Estados que detentan poder estructural impactará de manera ponderada en las distintas unidades regionales. El mayor margen de maniobra frente a EE.UU. depende de la capacidad de cobertura que cada uno de los actores regionales sean capaces de extraer de las potencias emergentes y la relación que tienen con una determinada región.

En América Latina, la llamada Asociación Bolivariana de las Américas (ALBA) detentó una serie de políticas de resistencia o “balance blando” a la luz de un soporte material económico mediante diversos mecanismos, brindados por Rusia y China. Ello llevó a que esos actores ocuparan, en mayor o en menor medida, posiciones de privilegio en la región, que en el caso de Argentina y otros países se tradujeron en “asociaciones estratégicas” o “cooperaciones especiales”.

En este sentido, Russell y Calle (2009), citando fuentes estadounidenses, señalan que EE.UU. divide a la región en tres periferias, que representan recursos, intereses y prioridades diferentes según el grado de cercanía o lejanía geográfica y los impactos nacionales que tienen en la región. En cada una de ellas, miran los efectos que tienen sus competidores estratégicos, al igual de cómo las dinámicas propias de esos países lesionan el interés nacional estadounidense.

La concepción periférica de la región desde el punto de vista estadounidense denota la existencia de una relación que implica algún grado de subordinación donde se mantienen relaciones que van desde la colaboración hasta la oposición. Estos autores señalan que la primera periferia – y la de mayor prioridad para Washington– está conformada por México, América Central, el Caribe, Colombia y Venezuela. La segunda está representada por los países andinos Bolivia, Ecuador y Perú y, finalmente, la tercera periferia está compuesta por Argentina, Brasil, Chile, Uruguay. Diversas agencias y agendas cruzan sus intereses burocráticos con una concentración mayor en temas de seguridad transnacional y comercial que aquellos que podemos llamar estratégicos militares. Esas agencias contrarrestan algunas influencias externas y realzan el interés estadounidense en la región,

pero en períodos donde existen desavenencias ideológicas, políticas o surgen “oferentes de oportunidades”, sin tener que asumir posiciones o contraprestaciones institucionales como suelen solicitar las contrapartes estadounidenses, se opta por elegir al revisionista intentando mantener una posición lo menos comprometida posible con el juego geopolítico global.

Esa competencia por la hegemonía se traduce en distintos tipos de disputas, que pueden ser geopolíticas o geoeconómicas, dependiendo de la región involucrada y las más diversas conductas, que pueden ir desde la cooperación/colaboración hasta la competencia/ rivalidad. En América Latina, la rivalidad creciente entre los diversos actores que conforman la multipolaridad llega con menores presiones que aquellas que resultan de su interacción en el Asia Pacífico o en Europa Oriental, aunque presentan algún rasgo que se reconoce en la dinámica internacional general y que, además, suele ser leída así por los académicos y decisores al pensar las propias dinámicas de interacción con los grandes poderes.

La posición estadounidense en relación a las potencias en ascenso podría calificarse de defensivo-posicionalista, porque no se encuentra creando o asumiendo un rol de liderazgo en la región. Por el contrario, su conducta es más compatible con actitudes reactivas o que implican compartir el peso de la carga con actores regionales que estimen “confiables”.

Randall Schweller (2011), señala que existen tres potenciales roles de los poderes revisionistas en relación a EE.UU. Éstos pueden ser disruptivos (*spoilers*), por lo tanto la competencia global se traduce a nivel regional generando inestabilidad, como se puede apreciar con la instalación de un ingenio espacial en Neuquén por parte de China, o la provisión de equipo militar sofisticado por parte de Rusia. Estos actores preocupan activamente a EE.UU. aunque toleran dichas acciones. No lo hacen por buena voluntad, sino porque no tienen herramientas no coercitivas lo suficientemente efectivas como para desalentar este tipo de acciones. En la región, los *spoilers* globales actúan alejando a la región de la preeminencia estadounidense, sin embargo su accionar es limitado al campo económico, principalmente evitando acciones que parezcan más provocadoras en esta temprana etapa de la competencia entre defensor del statu quo y revisionistas.

Otro papel que pueden asumir es el de apoyo a las políticas que realiza a nivel internacional y, por lo tanto, acompañar en su gran mayoría la agenda que presenta regionalmente. Finalmente, existen aquellos que desarrollarán conductas ambiguas o de acomodamiento a las políticas presentadas

por el actor principal. La conducta se irá ajustando en función de las necesidades existentes por parte del actor que es revisionista, pero sin desafiar abiertamente o plegándose en temas de agenda puntuales y de interés común a los involucrados. Desde la perspectiva estadounidense, todas las potencias emergentes tienen relaciones con América Latina con distinto grado de intensidad, que pueden involucrar distintos tipos de conductas o desafíos.

Para todos los actores involucrados, la idea de “oportunidad” que representan los actores latinoamericanos es común. Sin embargo, esa idea expresa consideraciones divergentes al momento de operativizar las oportunidades que representa. Como contrapartida para las últimas administraciones estadounidenses, la idea de oportunidad involucra la posibilidad de recuperar posiciones económicas. Intentando establecer vínculos más activos en materia económica, aunque la retórica nacionalista de la administración Trump haga más difícil la extensión de acuerdo del estilo TLC.

Los problemas de índole estructural de la región en materia de catástrofes climáticas y humanitarias brindan la oportunidad no sólo para llevar a cabo distintos tipos de programas humanitarios al igual que aquellos que se dedican a mejorar las condiciones generales de seguridad de los países de la región, en especial relacionados con temas de narcotráfico y prosperidad económica. USAID, que depende del Departamento de Estado de EE.UU, al igual que los programas establecidos por la *Foreign Assistance Act* y el Comando Sur, que depende del Departamento de Defensa de ese país, siguen siendo las principales agencias en materia de política hacia la región, a las que se suma una creciente preminencia, en detrimento de esta última, del Departamento de *Homeland Security* mediante la DEA, la ATF, el FBI y otras organizaciones que se especializan en temas de crimen organizado junto con aquellas cuestiones que se resuelven mediante la cooperación interagencial existente en el Comando Sur como la conocida *Joint Interagency Task Force South* (JIATF-S) donde las agencias de los países de la región encuentran un enlace cooperativo con la estructura de la seguridad nacional estadounidense.

Si bien existen diversos mecanismos de cooperación con otros grandes poderes, no existe hasta el momento una estructura tan desarrollada y sofisticada como la establecida por los estadounidenses. Esa situación limita la influencia que tienen las estructuras militares de esos países en sus pares latinoamericanos, lo que fortalece el llamado *sharp power* o poder de

subversión que tiene China y, en menor medida Rusia, en distintas agendas intergubernamentales.

Todos los grandes poderes que se están involucrando con la región lo hacen desde una perspectiva “geoeconómica” entendida como “el uso de los instrumentos económicos a los efectos de promover y defender el interés nacional” (Blackwill & Harris, 2016). En sus consideraciones políticas ven la posibilidad de incrementar el comercio y eventualmente poder obtener algún tipo de influencia política que se traduzcan en intereses geopolíticos. Tal vez el único actor que comenzó a hacer esta transición es China, con la instalación de infraestructura dual y el armado de puntos de conexión alternativos como el tan mentado “Gran Canal Transoceánico de Nicaragua”, que sería financiado por ese país. Ello muestra la mayor presión percibida por parte de EE.UU. en relación a la injerencia de China. Ya se considera al gigante asiático como un neto ganador poder en la región, que podría llegar a reemplazar los acuerdos institucionales que Estados Unidos tiene en la región y derivar en una instalación más fuerte en un futuro cercano.

Las diferencias ideológicas quedaron fuera de cualquier discusión en relación a las relaciones bilaterales, aunque ellas se centran ahora en la afinidad de los regímenes políticos que gobiernan los países. El apoyo económico brindado a los países de la región por parte de Rusia y China les permitió sortear críticas y cuestionamientos e incluso intentos de sanciones por parte de los países occidentales frente a situaciones como el asalto militar a la península de Crimea o la intervención encubierta y la consecuente participación Rusa en el proceso de guerra civil en Ucrania. Esa política de contrapagos resulta ser bastante común en la relación entre los países de la región. De esta manera, Rusia y China permiten a estos últimos evitar los problemas que genera un consenso más generalizado sobre determinadas situaciones. Asimismo, Rusia no suele plegarse a las críticas que recibe desde EE.UU. y/o Europa sobre determinados actores de la región, que en algunas ocasiones le valen, además, la adquisición de equipamiento militar. Venezuela es hoy el ejemplo más claro de esta política.

Cabe destacar que en la dinámica EE.UU.-Rusia se estableció una dinámica de intrusión en aquello que son considerados los “patios traseros” de sus respectivas regiones. El involucramiento estadounidense en Georgia y más tarde en Ucrania, le valió una acción por parte de Rusia, que visitó Venezuela con buques y con bombarderos, navegó por el Caribe hasta Cuba, y visitó puertos de Brasil y Argentina.

Este acercamiento se vio recompensado por la compra de buques polares que habían sido radiados por parte de la Armada rusa, así como de helicópteros de transporte, armas livianas y equipamiento primario para algunas Fuerzas latinoamericanas. Sólo Venezuela realizó una compra sustancial de armas a Rusia (aviones de caza y ataque, helicópteros, tanques y sistemas antiaéreos). Perú modernizó su flota de aviones MIG-29. Rusia logró capitalizar cierto apoyo político y una activa participación en el mercado de las armas frente a un EE.UU. que presenta numerosas restricciones para vender su equipamiento militar por las propias restricciones que su sistema político le impone. Asimismo, Rusia optó por intentar un aumento de su influencia comunicacional usando la señal estatal RT (Rouvinski, 2017), lo que le permite dirigir algún tipo de mensaje efectivo sobre las condiciones de Rusia como una alternativa efectiva a la democracia liberal occidental. El esfuerzo comunicacional se comprende cuando se analizan el porcentaje de aprobación política del accionar estadounidense en determinados países de la región. Éste suele rondar el 40%, lo cual le simplifica a potencias más desconocidas por el gran público –como Rusia o China– la instalación activa en dicha región.

No obstante su peso político y económico relativo en la región, la influencia de Rusia sigue siendo muy limitada si la comparamos con China y EE.UU. Cabe destacar que, si bien no plantea una amenaza concreta a la hegemonía estadounidense en la región, sí lo hace en términos de liderazgo, lo cual comienza a preocupar tanto al Congreso estadounidense como a los comandantes del Comando Sur. En este sentido, no ven las acciones de estos países dirigidos a producir acciones de balance o a amenazar directamente a EE.UU. Sin embargo, y a partir de una mayor presencia regional, comenzaron a distorsionar las relaciones políticas existentes en la región, lo cual los favorece en función del rechazo que existe en los países de la región y en parte de sus sociedades a entablar una relación cercana a EE.UU.

La respuesta estadounidense se concentra en fomentar las políticas de compromiso con los países de la región, en especial siguiendo lineamientos de mejores socios posibles y procurando una estrategia de “formación de cuñás” para contrarrestar efectos estructurales con un costo razonable. La idea es prevenir, desarticular o debilitar coaliciones que las potencias emergentes con posibilidad de obstruir puedan armar, para evitar que éstas alteren el statu quo global o de alguna región. Para ello, el Estado que se propone la

división debe ser capaz de reducir el número de oponentes que se organizan en su contra intentando transformarlos en aliados o neutrales.

En este sentido, el Estado divisor desarrolla una política de “acomodamiento selectivo” frente a aquellos Estados que se quieren dividir, pero se mantiene firme frente al o los principales competidores. Estas estrategias emplean distintas acciones, como promesas futuras, amenazas, recompensas, asociaciones o castigos. Todas ellas actúan como incentivos positivos o negativos y crean presiones divergentes sobre los miembros de una coalición competitiva. La clave para que esta estrategia funcione es la capacidad limitada que tiene el revisionista de reemplazar los incentivos que la potencia divisora provee.

Una competencia intensa, pero no acuciante

A modo de conclusión, podemos señalar que la competencia en la región expresa la intensidad creciente producto de los reajustes estructurales que están ocurriendo en el mundo. La acción de las últimas administraciones estadounidenses, envueltas principalmente en sostener el perímetro alcanzado en Medio Oriente y Asia Pacífico, donde la competencia representa mayor intensidad, tuvo como consecuencia una pérdida relativa de preeminencia en Latinoamérica. Los ajustes son menores y las reducciones de asistencia presupuestaria respecto de la región establecidas por la administración Trump conllevan una menor influencia. Aunque las consecuencias de una menor presencia estadounidense todavía no están plenamente a la vista, una muestra de su pérdida de poder relativo se ve en Venezuela, donde el padrino ruso y las divisas de China blindaron al gobierno de Maduro durante un largo tiempo, lo que aumentó la crisis humanitaria en ese país. Dicha crisis es inédita en la América Latina contemporánea y EE.UU. no puede intervenir directamente en ella por las resistencias de los propios latinoamericanos, aunque sí se encuentra actuando como organizador de consultas y acciones de los latinoamericanos para ver qué puede suceder en un escenario post-Maduro.

Resulta complejo para Estados Unidos volver a la preeminencia que supo detentar hasta épocas tan recientes como la Posguerra Fría. Probablemente, EE.UU. puede enfrentar dos escenarios dependiendo de la forma en la que la administración Trump haga evolucionar su relación con América Latina.

El primero es la consolidación como espacio alternativo de poder político a China y Rusia el espacio latinoamericano, que pareciera en proceso de conformarse como espacio de influencia informal, como lo muestran el creciente número de Estados latinoamericanos que se sumarían a la Iniciativa OBOR de China y la extensión de la presencia Rusia en la región como consecuencia de la búsqueda de negocios sin contrapartida de cambios o ajustes en la conducta política. Las potencias revisionistas tienen una ventaja central respecto de EE.UU.: se presentan como actores que dejan ser “aquello que quieras ser”, aun cuando eso implique romper con las reglas del orden liberal que el espacio latinoamericano aspira a mantener a pesar de las experiencias pasadas y trágicas de nuestra historia política. En este escenario de competencia y pérdida efectiva de gran parte del control de su periferia, las disrupciones e inestabilidades políticas en la región serán más graves y presentarán aristas relacionadas con posiciones cercanas a los alineamientos en función del grado de dependencia que exista con uno u otro actor. En este sentido, podemos esperar una competencia más intensa en el espacio regional con consecuencias perjudiciales para los países de América Latina. Este escenario sería el resultado de una profundización de la política de desatención/desinterés por parte de Washington. La clave para que esto no suceda estará directamente relacionada con la capacidad de tener presente cómo se articula la región con sus prioridades.

El segundo escenario implica el mantenimiento de una superioridad estadounidense en la región, sobre todo en cuestiones de seguridad internacional, pero con una continua pérdida de relevancia en los asuntos económicos regionales a manos de sus competidores globales. Esto obligaría a los Estados latinoamericanos a sofisticar su política exterior para poder manejar la vinculación de cuestiones y el armado de la agenda, teniendo presente que las disrupciones extrarregionales pueden afectar en determinado momento su posicionamiento. Existe un compromiso político por parte de EE.UU., pero también una mayor voluntad a acomodarse en aquellas agendas donde sus intereses vitales no se vean amenazados. Incluso están dispuestos a dejar que otros actores regionales presenten alternativas o divergencias frente a determinadas situaciones específicas, como crisis políticas en nuestro espacio continental. Siempre y cuando la presencia de los revisionistas no devenga en una dinámica militar activa, es posible que EE.UU. acepte un mayor nivel de intervención económica y política por parte de los revisionistas, aunque no queda claro cuál puede ser el umbral de

tolerancia por parte de Washington a una política más activa de los revisionistas. Si esa presencia activa, además, genera espacios de resistencia a las políticas, es probable que la reacción de la Casa Blanca no se haga esperar, lo que podría transformar este escenario en el primero que mencionamos.

Finalmente, queda claro que en los próximos años la actitud estratégica estadounidense será eminentemente reactiva, ya que en lo que va de este siglo, EE.UU. ha perdido la iniciativa, que pasó a los países revisionistas. Su permanencia como *primus inter pares* está directamente relacionada con su capacidad de administrar los desafíos y evitar que la región que permitió actuar como *offshore balancing* no se aleje dramáticamente de sus designios. De lo contrario, es posible que deba revisar toda su estrategia internacional.

Bibliografía

Allison, Graham (2017). *Destined for War: Can America and China Escape Thucydide's Trap?*. New York. Houghton Mifflin Harcourt.

Blackwill, Robert & Harris, Jennifer (2016). *War by Other Means: Geoeconomics and Statecraft*. New York, Council of Foreign Relations.

Brooks, Stephen & Wohlforth, William (2008). *World Out of Balance: International Relations and the Challenge of American Primacy*. Princeton, Princeton University Press.

Brooks, Stephen & Wohlforth, William (Summer 2005). *Hard Times for Soft Balancing*. *International Security*, MIT Press, Vol.30(1), pp.72-108.

Crawford, Timothy (Spring 2011). *Preventing Enemy Coalitions: How Wedge Strategies Shape Power Politics*. *International Security*, Vol.35(4), pp. 155-189.

Grieco, Joseph (1997). *Realist International Theory and the Study of World Politics*. En Doyle, Michael & Ikenberry, John (1997). *New Thinking in International Relations Theory*. Boulder, Colorado. Westview Press.

Hass, Richard (May-June 2008). *The Age of Non Polarity: What Will Follow US Dominance*. *Foreign Affairs*, Vol.87(3).

Huntington, Samuel (March-April 1999). *The Lonely Superpower*. *Foreign Affairs*, Vol.78(2).

Ikenberry, John (Autumn 1996). *The Future of International Leadership*. *Political Science Quarterly*, Vol.111(3), pp. 385-402.

Ikenberry, John (Winter 1998-1999). *Institutions, Strategic Restraint and the Persistence of American Postwar Order*. *International Security*, Vol.23(3), pp.43-78.

Ikenberry, John (September – October 2002). *America's Imperial Ambition*, *Foreign Affairs*, Vol.81(5).

Ikenberry, John (January-February 2013). *Lean Forward: In Defense of American Engage*, *Foreign Affairs*, Vol.92(1).

Layne, Christopher (2006). *The Peace of Illusions: American Grand Strategy from 1940 to the present*. New York: Cornell University Press.

Lozell, Stephen, & Ripsman, Norrin, Taliaferro, Jeffrey (2009). *Neoclassical Realism, the State and Foreign Policy*. Cambridge. Cambridge University Press.

Mearsheimer, John (September – October 2001). *The Future of American Pacifier*. *Foreign Affairs*, Vol.80(5).

- Mearsheimer, John (2001). *The tragedy of Great Power Politics*. New York. W.W. Norton & Company.
- Pape, Robert (Summer 2005). *Soft Balancing Against the United States*. *International Security*, MIT press, Vol.30(1), pp. 7-45.
- Posen, Barry (January-February 2013). *Pull Back: The Case for a Less Activist Foreign Policy*, *Foreign Affairs*, Vol.92(1).
- Posen, Barry (2014). *Restraint: A New Foundation for U.S. Grand Strategy*. Ithaca Cornell University Press.
- Rachman, Gideon (June 5, 2017). *China, India and the clash of Two Great Civilisations*. Financial Times. <https://www.ft.com/content/39790874-4787-11e7-8d27-59b4dd6296b8>.
- Rouvinski, Vladimir (2017). El “retorno” ruso a América Latina- entrevista. Revista NUSO. <http://nuso.org/articulo/rusia-entre-nosotros/>
- Russell, Roberto (1994). *La Política Exterior de Bill Clinton y América Latina: de la Contención a la Extensión de las Democracias y los Mercados*, Series Documentos e Informes de Investigación, Buenos Aires, FLACSO.
- Russell, Roberto & Calle, Fabian (2009). *EE.UU. y América Latina: Fuentes periféricas de la expansión del poder estadounidense*. En Hirst, Mónica (2009). *Crisis del Estado e Intervención Internacional*. Buenos Aires. Edhasa ed.
- Russell, Roberto & Tokatlian, Juan (2013). *América Latina y su gran Estrategia: Entre la Aquiescencia y la Autonomía*. Revista Cidob d’Afers Internacionals, No.104.
- Schweller, Randall (2006). *Unanswered Threats: Political Constraints on the Balance of Power*. Princeton, Princeton University Press.
- Schweller, Randall (2011). *Emerging Powers in a Age of Disorder*. *Global Governance*, Vol.17, pp. 285-297.
- Van Evera, Stephen (2001). *Causes of War: Power and the roots of Conflict*. Ithaca. Cornell University Press.
- Waltz, Kenneth (Summer 2000). *Structural Realism after the Cold War*. *International Security*. Vo.25 (1). Pp. 5-41.
- Wohlforth, William (Summer 1999). *The Stability of a Unipolar World*. *International Security*, Vol.24(1), pp. 5-41.
- Zakaria, Fareed (May-June 2008). *The Future of American Power: How America can Survive of the Rise of the Rest*. *Foreign Affairs*, Vol.87(3).
- Walt, Stephen (Spring 1985). *Alliance Formation and the Balance of World Power*. *International Security*, Vol.9 (4), pp. 3-43.

Welch Larson, Debora & Schevchenko, Alex (Spring 2010). Status Seeker: Chinese and Russian Responses to U.S. Primacy, *International Security*, MIT press, Vol.34 (4), pp. 63-95.

Wiswanathan, R. & Heine Jorge (Spring 2011). The Other BRIC and Latin America: India. *Americas Quarterly*, <http://www.americasquarterly.org/node/2422>.